

Debemos Honrar a los Difuntos
Declaración en la Solemnidad de Todos los Santos
Carta pastoral
Arzobispo Michael J. Sheehan
Octubre 2010

“Creo en la resurrección de los muertos y en la vida del mundo futuro.”
Credo de los Apóstoles

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Muy pronto estaremos observando el Día de los Fieles Difuntos. Nunca son las verdades del cristianismo más consoladoras que cuando nos enfrentamos el misterio de la muerte. Somos capaces de hacer frente al final de nuestra existencia terrenal sin temor ni desesperación gracias a aquel quien declaró: “Yo soy la resurrección y la vida. Aquel que cree en Mí, nunca morirá.”

Estas grandes verdades han sido siempre expresadas en los ritos funerarios de la Iglesia, y en el cuidado que tenemos al sepultar a nuestros difuntos

Sin embargo, en estos tiempos vemos, incluso entre los católicos, un malentendido con respecto a estas grandes verdades, resultando en un abandono de las prácticas tradicionales de la Iglesia. Quisiera mencionar dos de estas prácticas erróneas de hoy.

1. Desde los tiempos antiguos, el corazón del funeral de un cristiano ha sido la celebración de la Eucaristía por los difuntos, con los restos terrenales del fallecido presentes siempre que esto sea posible. Esta es la Misa del Funeral Cristiano

El propósito principal de un Funeral Católico es pedir la misericordia de Dios sobre el alma del difunto. Una enseñanza infalible de la Iglesia es que el purgatorio existe, y que las almas que allí se encuentran pueden ser auxiliadas por nuestras oraciones; la enseñanza común de la Iglesia es que la mayoría de los fieles que abandonan esta vida después de la edad de razón pasarán un tiempo de pena por sus pecados en el purgatorio. La misa es, por supuesto la oración más poderosa que podemos ofrecer a Dios, y por lo tanto, nosotros, los vivos, tenemos una obligación de caridad de ofrecer la misa por los que se han marchado. En la Misa del Funeral Cristiano, le damos también gracias a Dios por el don de la salvación otorgado por Cristo a los que fallecen, y pedimos el consuelo de la fe para los que sufren. La

presencia del cuerpo y los restos del fallecido en la Casa de Dios es un acto final para honrar a ese cuerpo que fue el Templo del Espíritu Santo en esta vida y será el cuerpo glorificado de un santo en la resurrección en el Día Final.

El no ofrecer una Misa de Funeral, sustituirla por algún otro tipo de “servicio memorial”, una reunión de “celebración de la vida”, o el no proporcionar un servicio funeral es algo profundamente equivocado.

El funeral de un católico debe ser celebrado en una iglesia, de preferencia en la parroquia del fallecido, y no en una casa funeral, o en cualquier otro lugar, con la rara excepción en la que el párroco juzgue que la congregación será demasiado grande para la capacidad de la iglesia.

2. Ya hemos hablado acerca de la dignidad del cuerpo de un cristiano fallecido. En esta vida, nuestros cuerpos son tabernáculos vivientes; en la eternidad, nuestros cuerpos compartirán la gloria de la Resurrección. Por lo tanto, tratamos a los cuerpos de nuestros difuntos como algo sagrado, pues lo son. Los invito a utilizar nuestros Cementerios Católicos cuando esto sea posible y a sepultar a sus difuntos en suelo consagrado. Esto proporciona un espacio sagrado al cual los seres queridos pueden acudir para visitar y rezar por sus almas.

La Iglesia recomienda que se cumpla la costumbre piadosa de sepultar los cuerpos de los fallecidos; sin embargo, no prohíbe la cremación, a menos que ésta haya sido elegida por razones contrarias a la enseñanza cristiana.

Sin embargo, si se elige la opción de la cremación, sigue siendo obligada la sepultura de los restos en un lugar consagrado. Es necesario hacer esto tan pronto como sea posible después de la Misa del Funeral Cristiano. Especialmente condenadas son las prácticas de esparcir las cenizas, hacerlas parte de una pieza de joyería, dividir las entre los familiares para mantenerlas como recuerdo, o hacer otras cosas extrañas con ellas. Tales prácticas no dan honor al cuerpo y, en forma indirecta, son una afrenta a nuestras creencias en la resurrección de los muertos. Hay algunos que dicen que quieren mantener las cenizas en su hogar para poder “sentirse cercanos” a sus seres queridos. Esto muestra una falta de fe en la comunión de los santos, por la cual estamos espiritualmente unidos a los que se han ido, una forma más maravillosa que mantener los restos en una repisa en nuestros hogares.

Pido a nuestros párrocos que continuamente enseñen estas verdades a los fieles y a hacer todo lo que está en su poder para asegurarse de que cada

católico reciba los ritos funerales de la Iglesia como lo merece por ser un cristiano bautizado.

Mis amigos, la luz del Evangelio que disipa la oscuridad de la muerte es nuestra posesión más preciosa. No permitamos que nos confunda la atmósfera del paganismo que nos rodea, la cual rechaza la existencia del alma, la santidad del cuerpo, la misericordia de la Redención, y la vida eterna con Dios en el cielo. Más bien, paguemos la deuda de amor que debemos a los difuntos orando frecuentemente por su eterno descanso, y dejemos que nuestras celebraciones funerales muestren al mundo entero lo que en verdad creemos: “en la resurrección de los muertos, en la vida del mundo futuro” ganada para nosotros por la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Recuerden orar por sus seres queridos y amigos ya fallecidos, especialmente en el Día de los Fieles Difuntos.

Sinceramente suyo en el Señor Resucitado,

Señor Arzobispo Michael J. Sheehan
Arzobispo de Santa Fe